

Fidel y el desarrollo de la ciencia: compromiso con el futuro de la patria socialista

Olga Fernández Ríos

“La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida” es la sentencia martiana que reivindicamos ante la muerte física de Fidel Castro Ruz, líder de la Revolución Cubana y principal promotor del desarrollo de la ciencia en nuestro país.

Son muchas las razones para que la *Academia de Ciencias de Cuba* rinda homenaje a quien nos educó para pensar y sentir como cubanos; al que nos unió y creó las condiciones para que el pueblo actuara como protagonista de la obra colectiva que ha sido la Revolución. A la vez, sin negar el dolor que sentimos por su partida, ratificamos nuestra fidelidad a la obra y concepciones de ese hombre sensible y desprendido que en muchos planos fue pilar fundamental para que Cuba se convirtiera en un paradigma mundial. Somos conscientes de que hoy nuestra tarea y compromiso es crecer como pueblo, profundizar en su pensamiento y legado, aplicarlos en nuestra acción cotidiana y contribuir a difundirlos para que se reafirme como escudo y espada de la nación.

No es posible en tan pocas páginas reseñar la extraordinaria faena e impronta de Fidel en el campo de la ciencia, legado que se forjó en medio de enormes dificultades por las que ha atravesado el proceso revolucionario cubano asediado por sucesivos gobiernos de Estados Unidos. En esas condiciones uno de sus grandes méritos fue jerarquizar el valor del conocimiento para garantizar el futuro de la patria socialista, y de ahí se desprende su empeño para lograr el acceso masivo a la educación y a la cultura, concebidos como derechos humanos fundamentales y base para nuestra soberanía, independencia y desarrollo económico.

A ello se suman su confianza en las potencialidades intelectuales y éticas de los cubanos, su capacidad para analizar los contextos históricos y su voluntad para plantearse audaces metas y para trabajar en su consecución. Son convicciones y capacidades que condicionaron una inédita hazaña: lograr que un pequeño país subdesarrollado y bloqueado por la principal potencia imperialista mundial se adentrara con solidez por los complejos caminos de la ciencia.

Ello fue posible por su visión integral de la sociedad y la cultura, por sus concepciones que constituyen un sistema en el que educación, cultura y ciencia no se proyectan por separado.

Recordemos que una de sus primeras pautas para trazar la política científica de la Revolución - con un alcance hasta el presente y para el futuro-, fue su intervención el 15 de enero de 1960, con anterioridad a sus celebres *Palabras a los Intelectuales* y al despliegue de la *Campaña de Alfabetización* en 1961. Se trata de su discurso en la *Sociedad Espeleológica de Cuba*, ocasión en la que se le otorgó el título de *Socio de Honor* de esa entidad científica, una de las pocas que existían en el país.

Esa intervención tuvo lugar en momentos en que la radicalización de la Revolución era palpable, lo que provocaba diversas acciones contrarrevolucionarias, incluyendo el éxodo masivo de profesionales. En ese marco, y en correspondencia con su capacidad para analizar e interpretar los contextos históricos, Fidel proyectó sus concepciones sobre el rol de la ciencia, el pensamiento y la inteligencia para el desarrollo del país. Allí es donde pronunció una sentencia de largo alcance que sigue conmoviéndonos y comprometiéndonos:

"El futuro de nuestra patria tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia, tiene que ser un futuro de hombres de pensamiento, porque precisamente es lo que más estamos sembrando; lo que más estamos sembrando son oportunidades a la inteligencia; ya que una parte considerabilísima de nuestro pueblo no tenía acceso a la cultura, ni a la ciencia".

Con su extraordinaria sensibilidad humanista desde entonces se comprometió a revertir el olvido al que estaba sometida la ciencia en la república neocolonial y reconoció que lograr desarrollo científico formaba parte de los objetivos de la revolución en materia de justicia social. A la vez hizo patente su compromiso de promover políticas para el cultivo de las inteligencias y para el desarrollo de la ciencia y del pensamiento:

" ¡Cuántas inteligencias se habrán desperdiciado en ese olvido! ¡Cuántas inteligencias se habrán perdido! Inteligencias que hoy se incorporarán a la vida de su país; inteligencias que hoy se incorporarán a la cultura y a la ciencia, porque para eso estamos convirtiendo las fortalezas en escuelas; para eso estamos construyendo ciudades escolares; para eso estamos llenando la isla de maestros, para que en el futuro la patria pueda contar con una pléyade brillante de hombres de pensamiento, de investigadores y de científicos."

Ese compromiso se hizo realidad y, aunque no es posible en tan pocas páginas sintetizar los firmes y permanentes empeños de Fidel en pos del avance de la ciencia, de la tecnología, de la innovación, de la protección de los recursos naturales y el medio ambiente, sus aportes y logros son visibles en los altos índices de desarrollo científico que hoy Cuba exhibe.

Sin pretender sintetizar todos sus aportes y logros, vale la pena recordar algunos hitos que dan fe de su invaluable obra a favor del desarrollo simultáneo de la cultura, la educación y la ciencia en Cuba revolucionaria.

Es una obra sembrada durante el primer lustro de la Revolución, donde están las raíces de la construcción del socialismo en Cuba. No es por gusto que bajo su guía e impulso desde 1959 se iniciara una profunda revolución educacional y que en 1961 se desplegara la inédita Campaña de Alfabetización a partir de sus convicciones sobre el importante rol de la participación popular y de los jóvenes en el proceso revolucionario. Su visión de largo alcance también fue decisiva cuando proyectó una nueva institucionalidad para el desarrollo de la ciencia con un sentido inclusivo de la tecnología, la innovación y la protección de los recursos naturales. Un hito en ese empeño fue la creación de la *Academia de Ciencias de Cuba en 1962* con un sentido integrador de todas las esferas y disciplinas de la ciencia, a lo que se unió el despliegue de la reforma universitaria y la creación del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CENIC) en 1965, matriz de otras instituciones que fueron desarrollándose durante más de dos décadas.

Desde esos pilares levantados por Fidel la ciencia dejó de ser una actividad de élites o de científicos aislados para convertirse en patrimonio del pueblo a partir de la democratización de la educación. Eso se hizo patente a lo largo de los años 70 y 80 en los que, junto con la creación de universidades y centros de investigación, surgieron entidades como el Fórum de Ciencia y Técnica, las Brigadas Técnicas Juveniles, el movimiento de innovadores y racionalizadores, y otras vinculadas con el movimiento obrero y sindical y con un papel protagónico en la ardua tarea de contrarrestar las negativas consecuencias derivadas del bloqueo norteamericano a nuestro país.

Mención especial merece el impulso, diseño estratégico y presencia fundacional de Fidel en el surgimiento de diversas entidades de investigación en el campo de las ciencias biomédicas y agropecuarias con una proyección interdisciplinaria y colosal visión de futuro. En ese marco sobresale el impulso decisivo a la creación del complejo científico- productivo de la industria biotecnológica a partir de 1981, cuando su despliegue era monopolizado por países del llamado primer mundo. Es ese uno de los ejemplos más importantes del alto vuelo y audacia de las proyecciones de Fidel en materia de desarrollo científico que más tarde, en los difíciles años 90, confirmó lo que el Che había planteado en 1963 cuando reconoció la capacidad de Fidel "para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros".

Pero no fue solo un crecimiento o suma de actividades científicas, sino que Fidel generó una política de desarrollo de la ciencia, la tecnología y la protección del medio ambiente impregnada de valores éticos, con un sentido humanista y de trabajo en equipo, de colaboración interinstitucional, de solidaridad internacional y de promoción de los diversos campos de la investigación científica, incluyendo las ciencias básicas, las ciencias técnicas y nucleares y la esfera de las ciencias sociales y las humanidades.

Esa política tuvo su prueba de fuego en la década de los años 90 cuando resultó necesario potenciar una economía basada en las ciencias para enfrentar los negativos impactos del derrumbe del socialismo en Europa del Este y la URSS y del reforzamiento del bloqueo de Estados Unidos. A la vez para garantizar la independencia y soberanía del país, la supervivencia de la Revolución y las bases para el desarrollo económico en nuevas condiciones internacionales.

En aquel contexto la capacidad de previsión de Fidel resultó decisiva cuando con convicciones expresó que la independencia del país dependía del desarrollo de la ciencia y la tecnología. Hoy sabemos cuanta racionalidad encierra esa concepción que reforzó a lo largo de los difíciles años 90: “La ciencia, y las producciones de la ciencia deben ocupar algún día el primer lugar de la economía nacional. Pero partiendo de los escasos recursos, sobre todo de los recursos energéticos que tenemos en nuestro país, tenemos que desarrollar las producciones de la inteligencia, y ese es nuestro lugar en el mundo, no habrá otro”.

Su concepción fue validada por acciones concretas en pos de la integración de la ciencia, la innovación tecnológica y la producción que alcanzó nuevos escalones con la organización de los polos científicos a partir de 1991. Esa forma de integración generó capacidades para potenciar los recursos científicos, tecnológicos y organizativos con que contaba el país y atender programas priorizados que dieran solución a problemas de la sociedad y la economía, la producción de medicamentos y vacunas y el desarrollo de tecnologías de avanzada en el enfrentamiento a problemas de salud y la alimentación.

De igual forma recordamos su protagónico papel en la creación del *Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente* en 1994 para la proyección de la política científico-tecnológica nacional y la protección del medio ambiente acorde con las profundas concepciones que expuso en la *Conferencia de Naciones Unidas Sobre Medio Ambiente y Desarrollo* celebrada en Rio de Janeiro en 1992 que tanto impactaron a la comunidad internacional. Desde entonces diversos programas continuaron enriqueciendo el quehacer científico nacional, varios de ellos asociados a la Batalla de Ideas que Fidel desplegó en los primeros años del siglo XXI.

Particular significado tienen las concepciones y la obra de Fidel para la comunidad científica cubana, no solo por lo que hizo, sino por lo que su legado aporta al presente y al futuro de nuestro país.

Los que trabajamos en ese sector formamos parte de la Patria agradecida de su obra y somos fruto de la promoción y siembra de inteligencias que proyectó desde 1960. Hemos tenido el privilegio de vivir y formarnos en la Revolución que forjó. Nuestra identidad como académicos tiene su impronta y su huella ética a favor de una ciencia para el mejoramiento humano, para la paz y no para la guerra, para y con el pueblo, guiados por los intereses patrios y con nobles compromisos para el despliegue de solidaridad e internacionalismo.

Tenemos el privilegio de haber sido sus contemporáneos, de vivir su época y muchos de los que integran la comunidad científica cubana han tenido la oportunidad de interactuar directamente con él. También compartimos sus sueños y alegrías; nos impactaron sus reflexiones críticas ante lo mal hecho o lo equivocado; entendimos la sabiduría que encierra su apuesta por la rectificación permanente y nos inculcó valores que debemos cultivar permanentemente: la consagración al trabajo; el enfrentamiento a cualquier forma de discriminación; la modestia y la honestidad, entre otros.

Sus aportes y concepciones sobre el lugar cimero que la ciencias y la comunidad científica cubana deben ocupar para contribuir al desarrollo del país, debemos cuidarlos como la niña de los ojos. Tienen firme sustentación en el potencial creado por la Revolución bajo su guía, pero requieren del apoyo, del reconocimiento y estímulo institucional y social constantes, a la altura del empeño que el Comandante en Jefe siempre puso en este ámbito crucial para el avance de la construcción del socialismo.

Hoy, cuando millones de seres humanos luchan por un mundo y una sociedad más justa y cuando en varios países el movimiento popular de obreros, campesinos, indígenas, activistas sociales, junto con intelectuales y académicos, retoman la crítica y el enfrentamiento al capitalismo con renovados bríos, las concepciones de Fidel Castro contribuyen al análisis y a la transformación del injusto orden social imperante en el mundo.

De igual forma ocurre en Cuba cuando se ha ratificado el socialismo como opción de desarrollo con la decisión de no extraviar la ruta que incluye ciclos de rectificaciones y ajustes. En cada uno de ellos Fidel nos estará convocando para ser mejores seres humanos y profesionales, mejores revolucionarios, porque sus objetivos y proyecciones son también nuestros. Pero sobre todo por el alto compromiso que tenemos con su concepción de revolución, con sus postulados éticos y humanistas y con su confianza en el futuro socialista de nuestro país.

Por todo ello tenemos el compromiso de mantener viva su obra en las nuevas generaciones y al igual que él y sus compañeros de lucha mantuvieron vivo al Apóstol de la Independencia, todos trabajaremos para mantener vivo y presente a Fidel quien seguirá siendo nuestro Comandante en Jefe.

En el empeño de llevar adelante la revolución socialista, como proceso integral de liberación nacional y dignificación humana, la ciencia continuará siendo un arma poderosa porque está en manos de miles de profesionales, técnicos y trabajadores calificados surgidos de nuestro pueblo, que gracias a la obra revolucionaria está colmado de hombres y mujeres educados y cultos, capaces de asumir ese reto.

27 de diciembre de 2016

Dra.C. Olga Fernández Ríos
Académica titular
Academia de Ciencias de Cuba
Instituto de Filosofía
algafe@gmail.com